cuadernos de aleph

LAS MATERNIDADES DE DANIELA REA: UN *FRUTO* DEL PERIODISMO POÉTICO SOBRE CUERPOS, PRECARIEDAD Y CUIDADOS[*]

DANIELA REA'S MATERNITIES: *FRUTO*, A PRODUCT OF POETIC JOURNALISM ON BODIES, PRECARITY, AND CARE

RICARDO MARRERO GIL
https://orcid.org/0000-0002-9267-121X
ricardo.marrero@upf.edu
UNIVERSITAT POMPEU FABRA

Resumen: El presente artículo propone una lectura de *Fruto* (2022) de Daniela Rea Gómez desde el cruce entre periodismo poético, escrituras del cuerpo y ética de los cuidados. El objetivo principal es analizar cómo la obra articula una narración polifónica de la maternidad que desborda los marcos tradicionales de la crónica. En medio de una crisis estructural del periodismo, donde las formas hegemónicas de representación tienden a invisibilizar las experiencias íntimas y afectivas, *Fruto* emerge como un gesto disidente que diluye las fronteras entre memoria, documento y creación bajo el signo de lo que George Steiner denominó *posficción*. A partir de un enfoque hermenéutico, el trabajo examina cómo la construcción híbrida y contrahegemónica del relato nos permite repensar la noción de *maternidades* —en plural— para comprender el cuerpo no como una entidad biológica cerrada, sino como un espacio relacional atravesado por dinámicas de vulnerabilidad e interdependencia. En este sentido, la escritura de Rea se configura como un proyecto de *empalabramiento* de la experiencia corporal donde el acontecimiento es, más que un dato neutral y aislado, una vivencia narrada que reclama una lectura atenta a sus mediaciones simbólicas y emotivas. Lejos de aspirar a una verdad objetiva, la autora propone verdades situadas, encarnadas y subjetivas, que remiten a prácticas de escucha activa como formas de conocimiento. En conclusión, *Fruto* constituye una poética de la carne que amplía los límites del discurso periodístico, abriendo una nueva vía para cuestionar las relaciones entre cuerpo, escritura y verdad en el ámbito de las narrativas contemporáneas.

[*] Este estudio se enmarca en una tesis doctoral más amplia que se desarrolla bajo la dirección del Prof. Dr. Santiago Zabala, financiada por el programa de Formación de Profesorado Universitario (FPU) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España.

Recibido: 29/03/2026. Aceptado: 19/05/2026.
DOI: https://doi.org/10.5281/zenodo.21709384

Palabras clave: periodismo poético, maternidad, cuerpo, ética de los cuidados, Daniela Rea.

Abstract: This article proposes a reading of *Fruto* (2022) by Daniela Rea Gómez at the intersection of poetic journalism, body writing, and the ethics of care. Its main objective is to analyze how the work articulates a polyphonic narrative of motherhood that exceeds the traditional frameworks of chronicle writing. In the midst of a structural crisis in journalism —where hegemonic forms of representation tend to render intimate and affective experiences invisible— *Fruto* emerges as a dissident discursive gesture that blurs the boundaries between memory, document, and creation under the sign of what George Steiner termed *post-fiction*. From a hermeneutic perspective, the study examines how the hybrid and counter-hegemonic construction of the narrative enables us to rethink the notion of *motherhoods* —in the plural— to understand the body not as a closed biological entity but as a relational space shaped by dynamics of vulnerability and interdependence. In this sense, Rea's writing can be understood as a project of *putting-into-words* embodied experience, in which the event is not a neutral and isolated datum but a narrated experience that calls for a reading attentive to its symbolic and emotional mediations. Far from aspiring to objective truth, the author proposes situated, embodied, and subjective truths that point toward practices of active listening as forms of knowledge. In conclusion, *Fruto* constitutes a poetics of the flesh that expands the limits of journalistic discourse, opening a new pathway to question the relationships between body, writing, and truth in contemporary narrative practices.

Keywords: poetic journalism, motherhood, body, ethics of care, Daniela Rea.

1. INTRODUCCIÓN

«¿Hay solo una forma de ser madre? ¿Solo pariendo hijos se es madre?», se pregunta Daniela Rea Gómez en *Fruto* (2022: 264)[1]. La violencia patriarcal, la fragilidad y los afectos vertebran una obra que rebasa los límites de la crónica para convertirse en un artefacto narrativo entre dos aguas: el periodismo y la literatura. Imbricando el legado de su madre y el porvenir de sus hijas, en este libro la reportera mexicana convoca una quincena de testimonios para tratar de recomponer y comprender su propia historia. Mujeres madres, mujeres hijas, mujeres obreras, mujeres jornaleras, mujeres presas, mujeres migrantes, mujeres deshijadas, mujeres huérfanas… Todas acuden a la llamada de una integrante de la tribu en busca de respuestas[2]. Porque, siguiendo a Adrienne Rich, estamos ante una mujer dándose a luz a sí misma ([1976] 2019: 73).

[1] En las citas sucesivas a este libro, siempre se referencia la presente edición.

[2] Sobre el concepto de «tribu» en este contexto, véase la contribución sobre los cuidados de Carolina del Olmo (2013). La anterior enumeración es solo una síntesis de los testimonios que la autora atestigua haber recogido en su trayectoria como periodista (p. 28).

En las últimas décadas, el periodismo informativo afronta una crisis no solo económica, sino también epistémica y moral (Vidal Castell, 2002: 23). En un clima marcado por la saturación informativa, la desconfianza en los medios tradicionales y la proliferación de relatos en disputa, las formas hegemónicas de representación tienden a invisibilizar aquellas experiencias que no se ajustan a los parámetros de neutralidad exigidos por el paradigma comunicacional dominante. Ante esta encrucijada, han emergido prácticas discursivas híbridas que exploran formas disidentes de narrar lo real, desdibujando las fronteras entre imaginación poética y archivo documental.

Inscrito en esta corriente, el *Fruto* de Daniela Rea propone una aproximación singular a la maternidad desde una perspectiva abiertamente comprometida. Lejos de reproducir los moldes de la prensa hegemónica, el texto integra memorias, confesiones, testimonios y reflexiones ensayísticas para dar cuenta de la experiencia corporal del cuidado. Así, la maternidad deja de aparecer como una institución homogénea o naturalizada para configurarse como un espacio de tensiones atravesado por la vulnerabilidad, la interdependencia y la dimensión política de los afectos.

El presente artículo propone analizar *Fruto* desde el cruce entre periodismo poético, escrituras del cuerpo y ética de los cuidados con el objetivo de examinar cómo la obra construye una narración que desborda los esquemas convencionales del relato periodístico. Desde un enfoque hermenéutico, se parte de la premisa de que el acontecimiento no es un dato bruto susceptible de ser capturado por un lenguaje transparente, sino una realidad mediada por la intersubjetividad. En este sentido, Rea lleva a cabo un proceso de empalabramiento[3] de la experiencia corporal donde el lenguaje no se limita a reflejar el mundo, sino que participa activamente en su configuración.

Asimismo, el artículo sitúa esta práctica en el horizonte de la *posficción* (Steiner, [1976] 2003: 194), noción que permite pensar la porosidad entre los discursos factuales y ficcionales en la narrativa contemporánea. Desde esta óptica, *Fruto* no aspira a replicar una verdad objetiva, sino a elaborar verdades situadas, encarnadas y relacionales, vinculadas a una ética de la escucha y del cuidado[4]. A través del comparatismo periodístico-literario, el análisis

[3] Se trata de un concepto desarrollado por Albert Chillón (2010) a partir de la filosofía de Lluís Duch que se refiere al proceso de poner en palabras los hechos. Siguiendo a Nietzsche, podríamos nombrar a este fenómeno como «acción poética» o «poetización» ([1903] 1996: 30): la capacidad creativa del lenguaje para formar y performar lo real.

[4] En su crítica a los modelos morales universalistas, Carol Gilligan ([1982] 1985) formuló lo que hoy en día se conoce como «ética de los cuidados», que desplaza el sentido masculino de la justicia —basado en la equidad—

textual pretende contribuir a los debates actuales sobre las transformaciones del periodismo, pero también a los estudios feministas centrados en obras posficcionales hispanoamericanas. De este modo, se abre paso a nuevas lecturas disruptivas de las posibilidades críticas y estéticas que, desde los márgenes, replantean las relaciones entre cuerpo, verdad y narración.

2. PERIODISMO POÉTICO: MÁS QUE UN MARCO TEÓRICO

2.1. El periodismo, un género literario

Mientras que Genette ([1991] 1993) opone ficción y dicción, Chillón (2006) hará lo propio entre escrituras ficticias y facticias. Estas últimas se distinguen de otras literaturas por su raigambre factual: aun cuando incorporan una clara vocación estética —o precisamente a través de esta—, persiguen el propósito de dar cuenta de la realidad efectiva. Entre ellas se inscriben el ensayo, las memorias, la biografía, el dietario y, por supuesto, el periodismo.

Si bien algunos autores apuntan a *Diario del año de la peste* (Defoe, 1722) como el ancestro común, lo cierto es que los cruces entre periodismo y literatura se remontan hasta los orígenes del gacetismo. Más tarde, con el auge del realismo decimonónico, numerosos escritores —desde Dickens hasta Pardo Bazán, pasando por Balzac— encontraron en la prensa no solo un sustento económico, sino también un escaparate privilegiado para experimentar con nuevas formas de representación y ampliar su público lector.

Con todo, no es hasta la década de 1960 cuando la convergencia entre periodismo y literatura alcanza su cénit. Se trata del nuevo periodismo norteamericano, capitaneado por una pléyade de autores que incluye a Truman Capote[5], Norman Mailer, Joan Didion, Gay Talese, Barbara L. Goldsmith o Norah Ephron. Alentada por el auge de la contracultura y el precedente de los *muckrakers* de principios de siglo, por primera vez en la historia la

en favor de un modelo relacional que integra el reconocimiento de la alteridad en sus circunstancias concretas y la necesidad social de codependencia como práctica activa. Sobre esta base, teóricas del calibre de Joan Tronto (1993) han desarrollado una teoría política que pone en el centro los cuidados para desarticular las dinámicas de poder, diferencia y privilegio que imponen los límites morales heteronormativos. Esta perspectiva remite, inevitablemente, a las nociones de interdependencia, responsabilidad y co-constitución que Donna Haraway ([1991] 1995) ha planteado en su crítica ecofeminista. Finalmente, en el ámbito iberoamericano, autoras como Mabel Moraña (2021b) han subrayado su dimensión cultural, simbólica y crítica, mientras que pensadoras como Victoria Camps (2021) han defendido el cuidado como piedra angular de una ética cívica. En conjunto, estas aportaciones permiten entender los cuidados no como una disposición natural intrínsecamente femenina, sino como una práctica preconfigurada históricamente, atravesada por fuerzas coercitivas que han sido determinantes para el desarrollo desigual de los afectos, los cuerpos y las estructuras sociales.

[5] Pese a que siempre negó su adhesión al movimiento (Plimpton, 1966), uno de los hitos más representativos del nuevo periodismo fue precisamente *A sangre fría* (Capote, 1966). Ante el éxito crítico y comercial de la obra, el propio autor la bautizó como una *non-fiction novel*. La etiqueta, difundida acríticamente por el mercado editorial y determinados círculos académicos, omite un problema ontológico irresoluble: toda tentativa verbal comporta una reconfiguración lingüística, esto es, una desviación de la realidad-dada a la mediación simbólica.

revolución literaria tenía lugar en las páginas calientes de los periódicos y revistas. En palabras de Tom Wolfe, uno de los impulsores del movimiento, el nuevo periodismo marcó «el descubrimiento de que […], en periodismo, se podía recurrir a cualquier artificio literario […] para provocar al lector de forma a la vez intelectual y emotiva» ([1973] 2006: 22).

Como ha advertido Jorge Carrión, este fenómeno no puede entenderse plenamente sin atender al prolegómeno «silencioso» del *boom* latinoamericano (2012: 24). Autores como Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes o Elena Poniatowska no solo se formaron al calor de las rotativas, sino que desarrollaron una voz autoral que solo puede leerse desde la simbiosis periodístico-literaria. No resulta casual, sin ir más lejos, que el autor del relato *Crónica de una muerte anunciada* (1981) sea el mismo que el de la crónica *Relato de un náufrago* (1955/1970)[6], una prueba fehaciente de la continuidad discursiva entre ambas esferas de la imaginación poética.

2.2. La noción de posficción

Al desafiar las convenciones dominantes de representación, estos géneros mestizos configuran una mirada contrahegemónica de lo real que, si bien ha adquirido una notable visibilidad en las últimas décadas, hunde sus raíces en una tradición más amplia de hibridación discursiva que se remonta a los albores de la posmodernidad. Es lo que George Steiner llamó *posficción* (2003: 194), un régimen narrativo caracterizado por la creciente porosidad entre memoria, documento y creación. Pese a que no implica la disolución absoluta entre lo factual y lo ficcional, esta nueva permeabilidad problematiza la delimitación de los géneros y pone en entredicho el estatuto clásico de la obra estética frente a otros artefactos híbridos que combinan estrategias narrativas diversas, como el documental, la autoficción o el periodismo literario.

En el caso de la narrativa hispanoamericana reciente, este desbordamiento genérico se ha consolidado como una marca distintiva, visible en la proliferación de textos que transitan entre crónica, testimonio, ensayo y ficción, desestabilizando cualquier pretensión de «pureza» formal. Aunque esta tendencia no es enteramente nueva, resulta innegable que en las últimas décadas se ha intensificado y diversificado en el ámbito hispano (Andres-Suárez, 1998: 9). En el contexto de la globalización cultural, los géneros se contaminan, se

[6] Aunque no fue editado en formato libro hasta 1970, la primera aparición de este reportaje novelado se remonta a 1955, cuando apareció por entregas en *El Espectador* de Bogotá durante catorce días consecutivos.

reconfiguran y se desplazan constantemente. Tal como ha observado Néstor García Canclini (1990), las sociedades contemporáneas se constituyen a partir de procesos de cruce, desplazamiento y rearticulación de formas; en el ámbito literario, esto se traduce en escrituras transfronterizas que desestabilizan las categorías de la poética tradicional.

La *posficción*, por consiguiente, no obedece exclusivamente a un juego inocuo de experimentación formal, sino a una operación crítica que impugna las taxonomías prescriptivas de la tradición europea. En palabras de Eduardo Ramos-Izquierdo, lo híbrido implica «una afirmación anti-retórica que provoca la abolición de las fronteras marcadas por los cánones genéricos» (2005: 77). Así, las tensiones entre lo familiar y lo fantástico que el realismo mágico exacerbó en la segunda mitad del siglo XX aparecen hoy como un fenómeno generalizado en la producción estética latinoamericana. Como advierte Balutet, lejos de constituir una anomalía, la hibridez «podría representar […] la escritura de nuestro tiempo» (2020: 326).

2.3. La *poiesis* y el debilitamiento de la verdad «objetiva»

Adoptar el «periodismo poético» como marco conceptual entraña una serie de implicaciones ontológicas. Para empezar, supone un cuestionamiento estructural de los presupuestos epistemológicos y retóricos que sostienen la prensa hegemónica (Chomsky y Herman, [1988] 2013; Ramonet, 1998; Castells, 2009; Jones, [2014] 2015). En esta línea, el periodismo poético no debe entenderse como una mera desviación estilística, sino como una intervención crítica en el campo de la comunicación[7].

Laclau y Mouffe ([1985] 1987) definen la hegemonía como la articulación contingente de significados que logran presentarse como universales, naturalizando así un determinado orden simbólico. Aplicado al ámbito periodístico, esto esclarece por qué el paradigma objetivista —heredero del modelo anglosajón de la comunicación de masas— se ha consolidado como régimen de verdad dominante, erigiendo la objetividad, la transparencia y la verificabilidad como principios incuestionables del discurso informativo. Frente a ello, las

[7] Ya a mediados del siglo pasado, nada menos que Gerardo Diego formuló una propuesta de periodismo poético. En su propia concepción, «si el periodismo […] ha de merecer la dignidad de su nombre, no debe perder de vista la luz altísima de la Poesía. Poesía quiere decir ideal, generosidad, ansia de perfección, elegancia moral y estética, limpieza y esplendor» (1945: 1346).

escrituras híbridas introducen fisuras en dicho orden al poner de relieve el carácter construido, mediado y, en última instancia, interpretativo de toda representación de lo real[8].

A partir de una radicalización conceptual en los estudios sobre periodismo literario, la propuesta del periodismo poético desplaza el eje de análisis desde la literariedad hacia la *poiesis*. Mientras que la primera ha sido tradicionalmente entendida como una manipulación consciente de los usos ordinarios del lenguaje con fines estéticos (Chillón, 2014: 195), la poeticidad remite a una dimensión más radical: la capacidad del lenguaje para producir sentido de manera abierta, impredecible y simbólicamente densa (García Berrio, 1994: 73). En este marco, lo poético no se reduce a un conjunto de formalidades, sino que constituye una vía de desocultamiento que se activa en el encuentro entre texto y lector[9].

Del lado de la recepción, el impulso poético se manifiesta a través de múltiples estrategias —imágenes evocadoras, ritmos, silencios, fragmentaciones— que interpelan al lector más allá de la mera transmisión de información. No obstante, su eficacia depende de una disposición hermenéutica capaz de acoger tanto la ambigüedad y la polisemia del lenguaje literario como la densidad conceptual de su contenido metafórico. Así pues, además de subvertir las formas convencionales de escritura, el periodismo poético también exige prácticas de lectura más lentas, reflexivas y participativas.

3. EMPALABRAR LA EXPERIENCIA: ESCRITURA Y ACONTECIMIENTO EN *FRUTO*

3.1. El cuerpo como espacio de sentido

«¿Cómo interpreto al mundo?» (Rea Gómez, 2022: 11), se cuestiona la autora al comienzo del libro. Responder a esta pregunta supondría agotar las posibilidades de lectura de una obra esencialmente viva, radicada tanto en el carácter de apertura del fondo como en la anarquía estética de la forma. Lejos de ofrecer una solución unívoca al problema, atreverse a ensayar una hipótesis exige situar, en primer lugar, la corporeidad como instancia hermenéutica: Daniela Rea Gómez interpreta con el cuerpo.

«Aprendimos que el nombrar hace que las cosas existan, pero esa idea no necesariamente funciona a la inversa: el dolor, la pérdida, no van a dejar de existir solo porque no hablemos de ellas» (Rea Gómez, 2022: 208), reflexiona con agudeza la periodista. Sara Ahmed, una de las madres fundadoras de lo que se conoce como el *giro afectivo*, ha señalado

[8] Según la máxima nietzscheana, «no hay hechos, solo interpretaciones» ([1906] 2006: 463).
[9] A este respecto, nos alineamos con la tesis heideggeriana de la verdad como *aletheia* expuesta en «El origen de la obra de arte» ([1953] 2010: 25).

que «el dolor no es simplemente el efecto de una historia de daño: es la vida corporal de esa historia» ([2004] 2015: 68). El cuerpo no es solo el receptáculo de una conciencia, sino que constituye la encarnación de la existencia misma, la condición de posibilidad del ser-en-el-mundo. Los límites físicos del cuerpo nos constriñen, pero también nos contienen en sentido literal y figurado: no es fácil defender la identidad propia desde un cuerpo malnutrido, malherido o malquerido. La realidad corpórea, sin embargo, es múltiple y diversa: existen cuerpos enfermos, mutilados, violentados, disidentes… Pero tal pluralidad solo confirma la tesis inicial: el sujeto necesita del cuerpo para performar el yo (Butler, [1990] 2007: 275).

«Texto, mi cuerpo» ([1992] 1995: 56), evoca Hélène Cixous. Las escrituras del cuerpo hacen de la materia el centro gravitacional; se engendra así un nuevo lenguaje universal, que no universalizable: es «la lengua que se hablan las mujeres cuando nadie las escucha para corregirlas» (Cixous, [1986] 2006: 37). El cuerpo de las mujeres —y, en particular, de aquellas que maternan[10]— constituye un espacio de sentido que refigura la experiencia del mundo. Su interacción con las palabras, los seres y las cosas es diametralmente distinta a la política relacional impuesta por los cuerpos masculinos heteronormativos. Tanto es así que, para algunas autoras, la maternidad patriarcal representa la suprema alienación de la mujer con fines reproductivos:

> Mientras que el poder viril es expansivo, productivo, creador de mundos y culturas, las fuerzas femeninas han sido negadas, de manera tal que la subjetividad materno-patriarcal implota sobre o contra sí misma, en la repetición circular de una relación tautológica, que se reproduce sin mundo, ni cultura, ni productividad alguna (Binetti, 2013: 121).

Como ha explicado Roy Porter ([1991] 2009: 292), la imagen dominante de la masculinidad necesita desesperadamente del Otro para afirmarse. De este modo, unos ideales se imponen sobre otros: el monarca sobre el plebeyo, el comerciante burgués sobre el artista bohemio, el ario sobre el judío, el *cowboy* sobre el *hippie*… Esto da lugar a dicotomías jerarquizadas —masculinidad/feminidad, heterosexualidad/*queerness*, blanquitud/negritud— que refuerzan la segregación de los cuerpos. Esta lucha de contrarios responde a la lógica

[10] El neologismo «maternar», extendido entre los círculos críticos desde el último tercio del siglo XX, engloba el conjunto de prácticas vinculadas al cuidado y la crianza que no dependen necesariamente de la maternidad biológica, sino que pueden ser ejercidas por distintos sujetos en contextos diversos. Como ha incidido Rita Segato, «maternar es político, tejer la piel política de aquellos y aquellas a quienes cuidamos» (2024: s.n.). A lo largo del artículo, el verbo «maternar» se emplea para nombrar una práctica —distribuida de manera asimétrica por razones sociohistóricas— de producción y sostenimiento de la vida que, lejos de responder a una supuesta vocación natural femenina, se inscribe en una economía de los cuidados. Maternar supone, por ende, una forma de trabajo —material, afectivo y simbólico— atravesada por relaciones de poder, que desborda la figura del sujeto gestante para pensar los cuidados como un campo de conflicto, agencia y resistencia.

excluyente del pensamiento occidental, que organiza lo real en oposiciones asimétricas hasta el punto de naturalizar formas de subordinación radicadas en desigualdades estructurales (Spivak, [1999] 2009; Giorgi, 2014).

En la esfera de la teoría crítica contemporánea, pensadoras como Marta Segarra (2014) invitan a pensar el cuerpo desde la vulnerabilidad y la apertura relacional, subvirtiendo la idea de un sujeto autónomo y autosuficiente. También desde las cartografías *queer*, Paul B. Preciado ha desafiado estas estructuras binarias hasta el punto de ensayar en sus propias carnes la superación de las categorías obsoletas del capitalismo patriarcal. Su *Testo yonqui*, a medio camino entre la crónica autobiográfica y el ensayo filosófico, se presenta como un manual de «bioterrorismo» (2008: 272) que busca dinamitar las estructuras sexo-genéricas y desestabilizar el régimen farmacopornográfico.

En esta misma dirección, propuestas como la noción de *cuerpa-territorio* (Reyes Sánchez, 2021) subrayan la dimensión política del lenguaje y su capacidad para visibilizar sujetos históricamente marginados. Al impugnar el masculino genérico, estas estrategias discursivas evidencian que el cuerpo femenino ha sido construido como alteridad: objeto de deseo, soporte reproductivo y receptor de violencia. La memoria corporal, en este caso, determina tanto la relación con el entorno como con otros cuerpos, atravesados por especificidades de sexo-género, clase y raza. Repensar el cuerpo involucra, por ende, repensar el territorio —urbano y rural, privado y público, doméstico y social…— en todas sus escalas.

En la tradición occidental, la del cuerpo es una historia de silenciamiento y subordinación: desde la escisión platónica entre *psique* y *soma* hasta el dualismo cartesiano entre *res cogitans* y *res extensa* (Goñi, 2021: 296-299). La sublimación de la razón en la modernidad ilustrada determinó el rol que más tarde iba a desempeñar el cuerpo en el capitalismo: un objeto de consumo más que una posibilidad epistemológica. No obstante, las corrientes críticas contemporáneas han revertido esta tendencia al situar la corporeidad en el centro del devenir histórico y social. El cuerpo alcanza, entonces, el estatuto de un agente y objeto de conocimiento legitimado por la experiencia carnal y la memoria sensorial.

Este desplazamiento se materializa en *Fruto* cuando la autora se dirige a su propia hija: «[c]reces, Naira, creces conmigo, pero también creces más allá de mí […] Eres tú, hija, un ser por sí mismo» (2022: 104). La cuerpa-hija se emancipa poco a poco de la cuerpa-madre y la existencia cobra sentido en esa tensión simbólica entre autonomía y codependencia.

3.2. Acontecimiento y narración

En un momento de desesperación, la autora se sincera sobre su labor periodístico-literaria: «A veces sospecho que provoco situaciones en la vida real para escribir de ellas en este diario» (p. 301). La duda resulta reveladora. ¿Cómo se cuenta lo real desde fuera? ¿Es posible representar la realidad sin intervenirla? ¿No es toda narración acaso una forma de traducir —es decir, de alterar— lo que percibimos y pensamos sobre ella?[11].

En este paso del dato al relato es donde opera la trama de sentido. Gracias a esta mediación simbólica, el autor es capaz de articular un discurso inteligible y coherente, pero también comprometido y emotivo, capaz de apelar a partes iguales a la razón y al corazón del lector. Esta transliteración pone de manifiesto la imposibilidad de disociar lo real de lo lingüístico: dado que los hechos sociales son ineludiblemente hechos discursivos —esto es, emergen en y por el proceso de empalabramiento—, el relato periodístico siempre revela la hechura del acontecimiento informativo (Chillón, 2007: 43).

Como sucede con la mayoría de obras del periodismo poético, *Fruto* es un libro de difícil clasificación. Puesto que el rasgo primordial de la posficción es la hibridación, cabría preguntarse hasta qué punto resulta conveniente o incluso deseable tratar de dilucidar su naturaleza genérica. A lo largo del texto, es posible detectar formas reconocibles de la crónica, el ensayo y el diario. Pero estos no son los únicos caminos que adopta la narración, pues también aparecen —aunque de manera más minoritaria— vestigios de géneros tan heteróclitos como la entrevista, el perfil, la noticia, el archivo e incluso el poema en verso.

El lenguaje poético, por cierto, atraviesa buena parte de un libro que explora los límites de la maternidad y del lenguaje. A menudo, los recursos retóricos se ponen al servicio de una realidad difícil de verbalizar, ya sea por la crueldad violenta que representa o por la vergüenza que supone para quien la pronuncia:

> Escribirlo bonito para recibirlo sin culpas. Traducir el dolor en palabras que puedan ser audibles. […] Pero en realidad tendría que decir: mi mamá se desangró, se exprimió, se arriesgó, se puso en segundo y tercero y cuarto y quinto lugar de su propia vida de mujer con cuatro hijos, estiró los límites de sus posibilidades una y otra y otra vez, hasta perder la noción de dónde y cómo terminaba su vida, su cuerpo (p. 81).

En otras ocasiones, las palabras no bastan y solo queda el silencio como única vía de enunciación. Sobre una entrada del diario inconclusa, Rea anota lo siguiente: «¿Qué quería

[11] Desde una perspectiva ricœuriana, toda mímesis supone un ejercicio *poiético* en la medida en que pone en obra una redescripción, una re-creación del referente que se pretende plasmar en el texto. Para una introducción al tema, véase *La metáfora viva* ([1975] 2001).

decir? ¿Te he...? ¿pensado?, ¿sentido?, ¿esperado?» (p. 190). Cuando la memoria falla, el tiempo apremia o las hijas reclaman atención, la escritura pasa a un segundo plano y las obligaciones cotidianas se ponen delante. Es como si la vida, paradójicamente, se impusiera a la vocación de crear.

Esta dialéctica se manifiesta también en los procesos de reescritura que modulan la obra. El poema dedicado a la madre al inicio del volumen reaparece hacia el final en forma de palimpsesto: versos tachados, añadidos y reconfigurados dan cuenta de una identidad que germina y se transforma gracias al encuentro con el otro.

3.3. Escucha activa y polifonía

Uno de los principios axiales de *Fruto* es el carácter múltiple de la narración. Se trata de un relato simultáneamente íntimo y coral que articula la historia personal de la propia autora con las voces de otras mujeres que —madres o no— han maternado en algún momento de sus vidas. Esta polifonía se consigue mediante una doble operación narrativa.

Por un lado, Daniela Rea recoge cerca de una quincena de testimonios que reproduce en primera persona, respetando el habla y el estilo de cada interlocutora. Esto, por supuesto, plantea un dilema ético: ¿con qué derecho se cuentan las historias de las otras aun estando presentes? La autora trata de resolverlo de la siguiente manera:

> Como periodista es obvio que *tengo* que contar las historias, tengo que informar, denunciar, revelar. Ese es mi trabajo […] ¿Cómo se gana una el derecho a escribir las historias de otras personas? ¿Es suficiente contar con su palabra, su confianza y su permiso? ¿Qué debo dar a cambio? No lo sé. Intuyo que implica prestar mis ojos y devolverles mi mirada (p. 88).

Se forja, de este modo, una (po)ética de la escucha activa que permite a la autora ponerse en la piel de las entrevistadas, con la precisión y el rigor exigidos por la investigación periodística, pero también con la empatía y el respeto hacia fuentes con las que se mantiene una cierta cercanía. Esta dualidad permite que la (re)escritura testimonial en primera persona sea, ante todo, una forma de acompañamiento en lugar de una apropiación del relato ajeno. Tal gesto entraña lo que hemos convenido denominar, siguiendo las aportaciones de la filosofía de la interpretación, un compromiso hermenéutico: el narrador se mezcla con los hechos que narra, no teme posicionarse y tomar partido. Solo desde esta implicación es posible desplegar una verdad —de índole periodística, pero también literaria— que, sin renunciar a su vocación crítica, integra la pluralidad de experiencias y cuestiona los marcos

hegemónicos que regulan no solo las maternidades, sino también el cuerpo femenino, las condiciones de precariedad y los cuidados.

Por otro lado, las vivencias de la propia autora se cuelan constantemente a lo largo del texto para dar orden y cohesión a la estructura fragmentaria del relato. La voz de Rea aparece en las entradas del diario, pero también en los preámbulos a cada testimonio, el prólogo y los comentarios que enmarcan o intervienen las historias del resto de mujeres, también escritos en primera persona y diferenciados solo tipográficamente. La escritura se convierte, entonces, en una práctica situada que desafía al dogma de la objetividad. Siendo así, ¿a qué código deontológico se acoge la autora en cada momento? En sus propios términos,

> las personas con quienes convivo en mi trabajo como reportera me han enseñado a determinar el espacio ético de mi actuar, son ellas las que me dicen cómo sí, cómo no, hasta dónde. Como escribió la pensadora estadounidense Donna Haraway, no hay una lista de principios éticos, sino que se construyen cotidianamente en sintonía con los demás (p. 133).

La alusión a Haraway en este pasaje no es casual, sino que ejemplifica el modo en que Rea mantiene un diálogo continuo con otras pensadoras, teóricas y artistas vinculadas de algún modo con la feminidad, la maternidad y los cuidados. Entre las más recurrentes, destacan autoras como Brenda Navarro, Tania Tagle y Terry Tempest Williams. La intertextualidad, por tanto, es otro de los rasgos capitales de un libro que teje redes con otras obras para ampliar su campo de sentido.

A partir de la narración fragmentaria y polifónica, Daniela Rea va definiendo su identidad más allá —aunque nunca al margen— de los cuidados: «Soy la historia de mi madre y de su madre y de su madre. También soy la historia de mis hijas. Soy su fruto» (p. 31). La mujer-madre-escritora se reconoce a sí misma como un puente en el legado intergeneracional de archivo documental y memoria viva. *Fruto* empieza con el testimonio de Rosario, madre de la autora, y termina con el de su hija Naira: «[l]e estoy ayudando a mi mamá a aser un libro me sentí feliz es un poco cansado me esta gustando mucho. se llama *Fruto* el libro y se trata de nuestra vida» (p. 381).

4. Las poéticas de la carne de Daniela Rea Gómez

4.1. De la maternidad a los cuidados

En *Fruto*, lo que nace como una exploración íntima de la experiencia materna paulatinamente se desplaza hacia una reflexión más amplia sobre la ética de los cuidados[12]. A medida que la autora contrapone su vivencia personal a los testimonios de otras mujeres que maternan, el texto despliega una reflexión coral que contribuye a la desnaturalización del ser-madre. Este movimiento rotacional, basado en la reflexión compartida y la ética de la escucha, conecta con la dimensión político-hermenéutica que John Beverley atribuye al género testimonial en la medida en que «no solo aspira a interpretar al mundo, sino también a cambiarlo» (2004: xvi). Cuando los cuidados recaen siempre sobre el mismo agente histórico (ellas), concebir, gestar o parir dejan de constituir requisitos preliminares para devenir un sujeto que cuida. En sus propias palabras, «no todas somos madres, pero todas hemos sido hijas. Todas hemos cuidado y hemos sido cuidadas» (p. 65).

Esta ampliación de foco permite insertar el análisis en el marco de lo que María Ángeles Durán ha denominado *cuidatoriado* (2018: 89-124): un conjunto heterogéneo y precarizado de individuos dedicados al cuidado de terceros, cuya labor —indispensable para la reproducción social— permanece sistemáticamente invisibilizada. Compuesto en su mayoría por mujeres sin formación especializada ni remuneración reglada, este grupo social emerge como respuesta al envejecimiento poblacional y la falta de servicios públicos de dependencia. Se trata de un colectivo caracterizado, ante todo, por la vulnerabilidad estructural, la sobrecarga física y emocional y la ausencia de reconocimiento institucional. Es lo que Donna Haraway designó como «feminización de la pobreza» ([1991] 1995: 285): dado el vínculo afectivo entre la cuidadora y la persona a su cargo, las mujeres asumen estas labores como un deber natural. Esta serie de contingencias impiden que el cuidatoriado —a diferencia de lo que antaño ocurrió con grupos análogos como el campesinado o el proletariado— logre emanciparse como agente histórico-social y, en consecuencia, desarrollar una auténtica conciencia de clase.

Ante este panorama, *Fruto* no se limita a describir una experiencia individual, sino que problematiza los fundamentos histórico-políticos de esta desigualdad. La propia Rea interroga el silenciamiento del trabajo doméstico en los avances del derecho laboral:

> ¿Por qué cuando se escribía la ley para defender los derechos de los obreros, los mineros, los campesinos, los trabajadores todos, el trabajo de cuidados en el hogar, es decir, el trabajo del cuidado de los hijos, de los mayores, de la pareja, no se consideró? […] Nos dijeron que

[12] Ya en el prólogo Rea advierte que «este no es un libro de maternidad, es un libro sobre los cuidados» (p. 11).

> nuestro sacrificio es amor porque nuestro trabajo de cuidados le permite al sistema sostenerse y reproducirse. Les damos seres que producen y seres que consumen (p. 45).

Tal como expone Durán (1986), el trabajo doméstico ha sido tradicionalmente naturalizado bajo la retórica del amor y el sacrificio, lo que ha contribuido a su desvalorización económica y simbólica. Esta operación ideológica constituye uno de los pilares del orden patriarcal, en la medida en que oculta la dimensión material de unas tareas que resultan esenciales para la sostenibilidad de la estructura social. Mientras que es posible imaginar una sociedad sin determinadas actividades industriales, difícilmente podemos concebirla sin el conjunto de prácticas que garantizan la supervivencia, el bienestar y la reproducción cotidiana de la vida. En la era del Capitaloceno, marcada por el crecimiento desaforado, la acumulación de la riqueza y el colapso de los recursos naturales (Serratos, 2020: 37-38), el sistema necesita imperativamente del trabajo silencioso de las mujeres para saciar su instinto depredador y seguir expandiéndose indefinidamente.

Pero el problema no acaba aquí. La incorporación de las mujeres al mercado laboral tampoco ha supuesto una redistribución equitativa de las obligaciones morales para con los otros. Como señala Rea,

> las mujeres empezamos a trabajar antes que los hombres. Cuando somos niñas cuidamos la casa, a los hermanos menores. Cuando crecemos y entramos en el mundo del trabajo asalariado, el trabajo doméstico no se elimina, sino que se transforma en una condición de vida que limita nuestras posibilidades de participación en cualquier ámbito (p. 287).

La noción de *doble jornada* (Durán, 1986: 58-62) da cuenta de la superposición de exigencias que recaen sobre el cuerpo femenino: a las obligaciones profesionales se suman las tareas de cuidado, con el consecuente desgaste físico y emocional de conciliar dos vidas en una sola. «Cuidar [expone Rea] supone anticipar los peligros, los riesgos, supone imaginar todo lo malo que puede pasar» (p. 201), lo que convierte esta actividad en un trabajo continuo, sin delimitación clara ni reconocimiento proporcional. También Mabel Moraña ha subrayado que el actual régimen de biocapitalismo no solo implica nuevas formas de producción y apropiación «de trabajo inmaterial, que expanden el concepto de explotación laboral» (2021a: 100), sino que además utiliza «los cuerpos, las mentes y afectos de los individuos» para alimentar «la máquina de la productividad permanente» (2021a: 275).

En el caso de las mujeres que desarrollan una práctica artística, esta tensión se intensifica. La escritura, lejos de constituir un espacio autónomo, debe abrirse paso en los intersticios del tiempo disponible, lo que provoca una fragmentación de la producción

creativa. Como ha observado Teresa Tenenbaum (2025), un cuarto propio ya no es suficiente para sostener una práctica intelectual, pues las condiciones materiales contemporáneas minan el cultivo de actividades extraproductivas en contextos atravesados por la precariedad, especialmente en el caso de las mujeres de clase trabajadora.

Eso explica por qué, de acuerdo con Rea, «la igualdad no garantiza romper con la asimetría de poder» (p. 145). Solo el desarrollo de una conciencia de clase fuerte será capaz de emancipar a las mujeres de su *pathos* preconfigurado. En términos de Donna Haraway, tal cosa implicaría asumir prácticas *simpoiéticas*, basadas en la implicación compartida y la *respons-habilidad* mutua ([2016] 2019: 63-65). En lo concerniente a los cuidados, tal vez lo más conveniente sería ir aún más lejos y empezar a hablar de *correspons(h)abilidades*.

Cuidar es mirarnos en el otro. El otro: una alteridad lo bastante independiente para ser libre, pero lo suficiente familiar para no resultar ajena. El otro: alguien más o menos extraño a quien se le quiere ver como un igual. Se cuida al otro como se guarda una promesa, un secreto o una esperanza: con cautela y convicción, pero también con pasión y esmero.

Desde este ángulo, *Fruto* propone una relectura de la maternidad que atiende tanto a su dimensión afectiva como a su condición de posibilidad. Cuidar a un hijo es una labor que implica tiempo, trabajo y energía. Desautomatizar la maternidad conlleva, por tanto, cuestionar la perspectiva biologicista y reconocerla como una construcción cultural: ninguna persona está programada por defecto para maternar[13]. Siguiendo a Rea, «tener un hijo es una decisión egoísta. Es decidir que alguien nazca, que exista. Y entonces, para responder a ese egoísmo, nos toca comprometernos a cuidarlos» (p. 298).

Desde las sociedades primitivas, la asociación entre mujer y madre ha sido determinante en el rol de la feminidad (Barrantes Valverde y Cubero Cubero, 2014: 38). Pese a ello, la maternidad no es una categoría fija, sino una realidad mutable que se transforma en función de los contextos históricos y culturales. Los debates actuales en torno al derecho al aborto, las nuevas formas de familia, el libre acceso a los anticonceptivos y el amparo jurídico tanto a las madres solteras como a las mujeres lesbianas han contribuido a debilitar esta identificación sistemática, abriendo paso a una progresiva pluralización de las maternidades.

[13] Como señala Simone de Beauvoir, la socialización opera desde la infancia mediante la naturalización de los roles de género: «la niña observa que el cuidado de los hijos es propio de la madre […] su "vocación" se le dicta imperiosamente» ([1949] 2015: 386). Lejos de responder a una inclinación espontánea, la maternidad aparece así como una construcción cultural sedimentada a través de prácticas educativas y simbólicas que orientan desde muy temprano la subjetividad femenina.

No obstante, resulta innegable que esta transformación no se produce de manera homogénea y que ni siquiera está garantizada en muchos de los países considerados democráticos. Las condiciones de posibilidad de prácticas disidentes de maternidad y cuidados siguen estando limitadas por desigualdades de clase, raza y territorio[14], lo que obliga a complejizar cualquier aproximación al fenómeno. Por esa razón, la discusión aún debe enriquecerse con nuevas visiones. Por ejemplo, ¿en qué medida el sujeto no binarie desafía el binomio maternidad-feminidad? O también: ¿cómo dialogan las nuevas paternidades con las cargas simbólicas del ser-hombre? Y, por supuesto, ¿es posible (re)pensar el concepto de maternidad sin antes tener en perspectiva las fuerzas coercitivas del capitalismo?

4.2. Vulnerabilidad y comunidad: malas madres

¿Cuándo una madre se convierte en «mala madre»? ¿Qué distingue a una buena madre de otra peor? En la tradición cristiana, la figura de la «mala madre» solo puede definirse respecto a la imagen canónica de la madre perfecta encarnada en la Virgen María (Lagarde y de los Ríos, 2005: 205). A partir de esta matriz simbólica, cualquier mácula o desviación queda inscrita en un horizonte de culpa que empuja a las mujeres al otro gran arquetipo de feminidad: el de María Magdalena. Esta lógica dicotómica —que opone pureza y pecado— ha estructurado históricamente la representación de la maternidad en términos excluyentes. La última ola feminista, por el contrario, ha problematizado esta escisión, cuestionando las categorías binarias que dividen a las mujeres en santas o putas.

En *Fruto*, ninguna madre responde a ese ideal normativo[15]. Todas las experiencias maternales aparecen atravesadas por la ambivalencia, la culpa y el conflicto. Hay madres exhaustas, madres sin tiempo, madres maltratadas y otras que perpetúan el maltrato. Pero también hay procesos de aprendizaje y desaprendizaje que desestabilizan los modelos heredados: un hijo nunca viene con manual de instrucciones. La maternidad se revela así como una práctica tensionada entre la responsabilidad y la equivocación, rompiendo con la

[14] En «El Edipo negro: colonialidad y forclusión de género y raza» (2015), Rita Segato analiza el fenómeno de la doble maternidad en el contexto brasileño, donde la crianza de los hijos de las élites blancas recaía en mujeres negras racializadas. Mientras la madre biológica ocupaba el espacio público, la cuidadora asumía las tareas materiales y afectivas del cuidado en el ámbito doméstico. Este ejemplo pone de relieve que la organización social de la maternidad no puede comprenderse al margen de la interseccionalidad.

[15] Este modelo normativo, en el ámbito de la crítica feminista, ha sido definido a partir de nociones como «institución» (Rich, [1976] 2019: 57) y «maternidad intensiva» (Hays, 1996: 19).

disyuntiva falaz que cataloga a las madres bien como «ángeles del hogar», bien como *superwomen* (Vivas, 2019: 12)[16].

En este sentido, la escritura de Daniela Rea adquiere una dimensión confesional. «Yo he sido violenta con las niñas. Les he gritado y las he insultado» (p. 186), explicita en contra de uno de los grandes estigmas del mito maternal. Este examen íntimo no busca la autoflagelación, sino que permite nombrar aquello que la hegemonía logra silenciar: la posibilidad del fallo. De esta manera, la autora desactiva la ficción de la madre ideal y reivindica una maternidad de carne y hueso, frágil y falible.

Este gesto alcanza uno de sus momentos álgidos cuando Rea recoge el diálogo entre sus dos hijas: «Emi, ven conmigo. Mamá no es mamá. Mamá es un monstruo» (p. 308). Rea lleva su experimento periodístico-literario hasta sus últimas consecuencias, pues se necesita de un gran coraje para exponer la mirada infantil sin filtros ni atenuantes[17]. Desde la tragedia clásica de Medea, la figura de la madre monstruosa ha funcionado como límite simbólico de lo pensable[18]. Sin embargo, en *Fruto* esta imagen no remite a una alteridad extrema, sino a la experiencia cotidiana de la ambivalencia afectiva. Traducir en palabras la vergüenza, el arrepentimiento y el dolor se convierte en una posible vía de reparación.

Los testimonios recogidos en la obra revelan cómo las violencias asociadas a la maternidad se inscriben a menudo en estructuras sociales más complejas. Relatos como el de Laura —obligada desde la infancia a asumir tareas de cuidado tras el abandono materno— o el de Mariela —que crio a dos hijos no deseados, uno de ellos nacido de una violación— evidencian que la maternidad no puede pensarse al margen de sus condiciones materiales. «Somos mano de obra de nuestras madres» (p. 97), sintetiza Rea para subrayar la dimensión productiva del cuidado. En estos casos, la crianza aparece menos como un vínculo afectivo que como una estrategia de supervivencia, marcada por el tabú y la precariedad.

---

[16] El libro de Esther Vivas comienza con una crítica frontal a la avocación de la experiencia materna a una disyuntiva entre la maternidad patriarcal —basada en el sacrificio— y la maternidad neoliberal —subordinada al mercado— (2019: 5).

[17] En *El coraje de la verdad* ([1984] 2010), Michel Foucault define la parresía como la elocución de la verdad con franqueza, riesgo y libertad. No basta con parecer veraz, es necesario establecer un vínculo ético con el relato que se sostiene, incluso si eso conlleva exponer la integridad física del parresiasta. En este caso, la periodista se encomienda en cuerpo y alma a su verdad confrontando el orden establecido desde la humildad y la honestidad.

[18] Cabría explorar, en el futuro, la carga política del arquetipo del monstruo-madre —y de la madre-monstruo— como figura híbrida, marginal o incluso antisistema. En la crítica actual, cada vez son más las lecturas políticas de lo monstruoso. Entre ellas, destacan las aportaciones de Moraña, quien ha sugerido que «el monstruo encarna la represión y la catarsis, la subversión y el margen, la identidad agobiada por la otredad interior y exterior que la acosan» (2017: 27).

Desde esta perspectiva, la maternidad deja de ser un espacio privado para convertirse en un campo tensionado por expectativas sociales, estructuras de poder y experiencias singulares. Las madres no solo cuidan, sino que lo hacen bajo el peso constante de una norma que evalúa, juzga y sanciona sus prácticas. Reconocer esta presión implica también asumir los límites de la maternidad como experiencia totalizante: «No soy mía. Mi útero no es mío, ni mis senos, ni mis oídos» (p. 193), escribe Rea, poniendo en palabras la expropiación corporal que a veces acompaña a los cuidados.

Sin embargo, *Fruto* no se limita a diagnosticar este fenómeno: apunta hacia vías de transformación. El aprendizaje de la autora no es individual, sino relacional e intergeneracional. «Ninguna violencia es poquita violencia» (p. 257), le recuerda su madre, devolviéndole sus propias enseñanzas. Por medio de este intercambio, se pone de manifiesto la voluntad de hacer camino entre todas. Al desocultar —en términos heideggerianos— los espacios liminales de maternidad, el texto ensaya una suerte de crianza colectiva basada en la escucha, la revisión crítica y la construcción compartida de saberes.

La obra funda una comunidad de voces unidas por la vulnerabilidad, la interdependencia y la sororidad. Ante la pregunta de por qué contar estas historias, la autora responde: «porque me hacen sentir menos sola, porque quiero aprender a ser mamá de mis hijas […] quiero devolver sus palabras en forma de un abrazo. ¿Qué me toca dar a cambio? Mi mirada. Mi silencio. Mi vulnerabilidad. Mi dependencia recíproca con ellas» (p. 372).

La ternura emerge como una fuerza de resistencia frente a la violencia estructural, un método de supervivencia en entornos hostiles. Por ese motivo, la labor de Rea se alinea con el giro afectivo, la corriente ecofeminista y, en suma, la barricada contrahegemónica de un periodismo que privilegia la empatía y la cercanía con las fuentes, en sintonía con la «ética de la bondad» que encarnó Ryszard Kapuściński[19]. En efecto, si el periodismo poético se caracteriza por su atención a las vulnerabilidades es porque reconoce que solo es posible narrar lo real desde el compromiso interpretativo y moral.

4.3. Lo íntimo es político

«En el proceso de acumulación capitalista hemos sido las productoras y reproductoras de la mercancía capitalista más esencial: la fuerza de trabajo» (p. 44), denuncia Rea. *Fruto* explora

[19] Según Kapuściński, «para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser un buen hombre o una buena mujer. Buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas» (2003: 38).

concienzudamente hasta qué punto la precariedad y la violencia pueden conformar una herencia intergeneracional: «[y]o aprendí que si a ellas les pegaban, a mí me pueden pegar» (p. 69), le confiesa Jenny a la autora. En la sociedad patriarcal, fundada en la heteronorma, los cuerpos de las mujeres quedan expuestos al usufructo ajeno: «por lo tanto [explica Rea] se pueden mirar, tocar, lastimar, someter, corromper, violar, vender» (p. 201).

Desde un prisma biopolítico (Foucault, 2001), el cuerpo deja de ser una mera categoría biológica para devenir una arena de combate donde las distintas estructuras de poder tratan de imponer su control. En el contexto mexicano, la violencia estructural contra las mujeres se manifiesta —como documenta Rea— por medio de «desapariciones, feminicidios, precarización, asedio constante y cotidiano a la vida» (p. 12). En términos de Marcela Lagarde y de los Ríos, el poder patriarcal «se articula también con las opresiones de clase, nacional, étnica, religiosa, política, lingüística y racial» (2005: 92), configurando una trama compleja de dominación. De ahí que millones de mujeres vivan, en palabras de la autora, «la maternidad de la miseria» (2005: 372).

De acuerdo con Judith Butler, «cada esfuerzo político de dirigir poblaciones […] implica una distribución tácita de la precariedad» (2011: 73). Esto supone la existencia de vidas «de segunda» más marginales, parciales y contingentes y, por lo tanto, menos susceptibles de protección y sustento. La precariedad no es una condición transitoria de la existencia, sino sobre todo una carga política que revela la desigual asignación de valor a los cuerpos. Por ese motivo, resulta primordial saberse vulnerable ante tal precariedad. Reconocer la vulnerabilidad implica asumir la interdependencia constitutiva entre el yo y el nosotros: la subjetividad individual se transmuta en intersubjetividades colectivas cuando se tiene en consideración el entramado de relaciones que hacen posible la existencia.

En efecto, la ternura aparece como una forma de resistencia, pero también como un gesto insuficiente si no se acompaña de transformaciones radicales. Como advierte Butler ([2015] 2017: 210), la vida necesita algo más que mera supervivencia para ser vivible. En *Fruto*, las cifras arrojan una imagen reveladora de la desigualdad sistémica en México: mientras el Estado apenas destina un 0,1% del PIB al cuidado, el trabajo doméstico no remunerado —sostenido mayoritariamente por mujeres— representa el 27,6% de esa cifra (p. 46). A ello se suma que un tercio de los hogares son sostenidos exclusivamente por madres solteras (p. 52). Más allá de los datos, sin embargo, la autora insiste en visibilizar las

consecuencias que escapan a la cuantificación: el cansancio, la ansiedad y la depresión, el deterioro físico, el desgaste emocional y la exclusión social, entre muchas otras.

Ante este escenario, Rea propone *desafectivizar* los cuidados, es decir, «pensarlos como un trabajo que implica recursos humanos y materiales […] y reconocer el valor que tienen y que aportan al sistema económico» (p. 335). Esta operación crítica permite desplazar el discurso hegemónico que naturaliza el cuidado como expresión espontánea del amor femenino. En términos butlerianos, se trataría de «rearticular radicalmente el horizonte simbólico» para cuestionar qué cuerpos importan y en qué condiciones ([1993] 2002: 49).

Al desnudar su propia intimidad y entrelazarla con la de otras mujeres, Rea inaugura un espacio de resonancia colectiva: la precariedad deja de ser una vivencia aislada para adquirir una dimensión compartida. Así, *Fruto* resignifica el acto de maternar como una acción política de resistencia a las opresiones del sistema capitalista-patriarcal.

5. CONCLUSIÓN: LAS VERDADES ENCARNADAS DEL PERIODISMO POÉTICO

«La memoria no es lineal y es falible. Fuera de nuestro control queda lo que recordamos y cómo lo recordamos» (p. 182), reconoce Daniela Rea. Los testimonios que componen *Fruto* están atravesados por el paso del tiempo y sus contingencias. Son relatos de cuerpos vulnerados y precarizados, pero también de cuerpos deseantes, cuidados y queridos. En su elaboración narrativa, la dimensión afectiva juega un papel preponderante, pues hay historias que no pueden ser escuchadas ni contadas desde el desapego.

En un momento dado, Rea interrumpe la narración de Rosario: «[c]uando decidí entrevistar a mi madre y escribir su historia no tuve la ambición de ser objetiva, menos de encontrar una verdad […] Quise acercarme a sus límites, sus pliegues y sus sombras» (p. 88). Como claro ejercicio de periodismo poético, *Fruto* rompe con el dogma positivista de la prensa hegemónica. «En este libro no utilizaré uno de los preceptos básicos del oficio periodístico: contrastar» (p. 23), explica Rea para justificar su decisión de entrevistar a su madre sin consultar también a su padre. A raíz de este posicionamiento explícito, la ilusión de la objetividad se resquebraja en favor de valores poéticos —a la vez éticos y estéticos— como la humildad, la honestidad, la empatía y el coraje[20]. Si, como sostiene Hélène Cixous, «la carne es la escritura» (2006: 41), la subjetividad testimonial deviene, entonces, una «poética

[20] Desde el punto de vista de Vidal Castell, «solo desde la subjetividad explícita y comprometida se puede ser honestamente neutral o imparcial» (2002: 54).

de la carne»[21] que transforma el cuerpo en una instancia epistemológica viva que no se limita a observar el mundo desde fuera, sino que lo habita, lo padece y lo configura en esa relación constitutivamente dialéctica que Heidegger (1993) denominó el ser-ahí (*Dasein*).

En este sentido, la obra encaja plenamente en el horizonte del *pensiero debole* de Gianni Vattimo[22]: el pensamiento débil es el pensamiento de los débiles, esto es, de los desamparados, los candorosos, los marginados y los oprimidos, pero también de las locas, las enfermas, las racializadas, las maricas… En definitiva, de todas las personas expulsadas de los espacios de representación. Frente a la verdad fuerte —unívoca y normativa— de la prensa hegemónica (de Moraes, Ramonet y Serrano, [2013] 2014), *Fruto* propone una constelación de verdades débiles, situadas y abiertas. La verdad deja de operar como instancia reguladora para convertirse en un proceso interpretativo: la violencia impositiva de la «versión oficial» se sustituye entonces por la conversación, la escucha activa y el consenso.

De esta suerte, las redes de afecto se tienden como una vía de conocimiento y reconocimiento: se aprende del otro porque se comprende al otro, en su vulnerabilidad y su diferencia. Si el acontecimiento aparece aquí como una herida abierta, el empalabramiento deviene una práctica de cuidado. En este sentido, *Fruto* dialoga con otras obras híbridas que ponen la precariedad y los cuerpos en el centro del relato, como ocurre en *Nueve lunas* (2009), de Gabriela Wiener; *Chicas muertas* (2014), de Selva Almada; o incluso *El invencible verano de Liliana* (2021), de Cristina Rivera Garza. Pese a las divergencias formales, estéticas y teleológicas de estos textos, todos ellos operan en la frontera de lo inclasificable bajo la lógica de la *poiesis* posficcional: entre la subjetividad de lo testimonial, la voluntad interpretativa del ensayo, el valor documental de la crónica-diario y la fusión genérica de la novela posmoderna. Son obras diversas que, en suma, remiten a una misma tradición abierta, mestiza y débil del periodismo poético como género que se resiste tanto al estancamiento taxonómico como a la canonización (Escandell, 2022).

Judith Butler defiende que la tarea crítica de las humanidades pasa por reconfigurar los marcos de inteligibilidad de lo humano. «¿Pero qué medios de comunicación nos dejarán

[21] Acuñado por Mayra Rivera (2015), el concepto de *poética de la carne* no remite únicamente a aquellas prácticas de escritura en las que la corporeidad ocupa un lugar central, sino también a formas de conocimiento encarnado en las que el cuerpo opera como mediación irreductible. En este marco, el cuerpo no es un mero soporte de la experiencia, sino un espacio relacional donde lo real se inscribe y se reconfigura simultáneamente desde una perspectiva material, simbólica, afectiva y social.

[22] «Mientras que la metafísica […] es la filosofía de los vencedores que aspiran a conservar el mundo como es, el pensamiento débil de la hermenéutica se convierte en el pensamiento de los débiles en busca de alternativas», mantienen Vattimo y Zabala en *Comunismo hermenéutico* (2012: 12).

pensar y sentir esa fragilidad?» ([2004] 2006: 187), se interroga. El *Fruto* de Daniela Rea Gómez encarna una forma de periodismo poético capaz de romper con el realismo capitalista (Fisher, [2016] 2018) y devolvernos la humanidad donde había sido negada o invisibilizada. A partir del enfoque crítico y holístico de las humanidades, se perfila un periodismo otro: contrahegemónico y exocanónico, que asume su carácter hermenéutico y se reivindica como práctica intelectual, ética y estética. Un periodismo que, al desafiar las narrativas mediáticas dominantes, se pone al servicio de las mayorías sociales y abre la posibilidad de nuevas representaciones de lo real en las que, por fin, quepamos todas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AHMED, Sara ([2004] 2015), *La política cultural de las emociones*, trad. Cecilia Olivares Masnuy, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.

ANDRES-SUÁREZ, Irene (1998), «Introducción. Más allá de los géneros», en Irene Andres-Suárez (ed.), *Mestizaje y disolución de géneros en la literatura hispánica contemporánea*, Madrid, Verbum, pp. 9-14.

BALUTET, Nicolás (2020), «Del posmodernismo al poshumanismo: presente y futuro del concepto de *hibridez* en la literatura latinoamericana», *ALPHA. Revista de Artes, Letras y Filosofía*, 50, pp. 323-334.

BARRANTES VALVERDE, Karla y CUBERO CUBERO, María Fernanda (2014), «La maternidad como un constructo social determinante en el rol de la feminidad», *Wimb Lu*, vol. 9, n.º 1, pp. 29-42.

BEVERLEY, John (2004), *Testimonio: On the Politics of Truth*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

BINETTI, María José (2013), «La maternidad patriarcal: sobre la genealogía de la suprema alienación», *La Aljaba, Segunda Época. Revista de Estudios de la Mujer*, 17, pp. 113-128.

BUTLER, Judith ([1990] 2007), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, trad. María Antonia Muñoz, Barcelona, Paidós.

BUTLER, Judith ([1993] 2002), *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, trad. Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós.

BUTLER, Judith ([2004] 2006), *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, trad. Fermín Rodríguez, Buenos Aires, Paidós.

BUTLER, Judith (2011), «Vida precaria, vulnerabilidad y ética de la cohabitación», en Begonya Sàez (ed.) *Cuerpo, memoria y representación: Adriana Cavarero y Judith Butler en diálogo*, trad. Diego Falconí, Barcelona, Icaria Editorial, pp. 47-80.

BUTLER, Judtih ([2015] 2017), *Cuerpos aliados y lucha política: Hacia una teoría performativa de la asamblea*, trad. María José Viejo, Barcelona, Paidós.

CAMPS, Victoria (2021), *Tiempo de cuidados. Otra forma de estar en el mundo*, Barcelona, Arpa Editores.

CARRIÓN, Jorge (2012), *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*, Barcelona, Anagrama.

CASTELLS, Manuel (2009), *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza Editorial.

CHILLÓN, Albert (2006), «Las escrituras facticias y su influjo en el periodismo moderno», *Trípodos*, 19, pp. 9-23.

CHILLÓN, Albert (2007), «Hacer los hechos. Un ensayo de fenomenología de los "hechos sociales"», *Ars Brevis*, 13, pp. 27-49.

CHILLÓN, Albert (2014), *La palabra facticia: literatura, periodismo y comunicación*, Bellaterra / Castelló de la Plana / Barcelona / València, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Publicacions de la Universitat Jaume I, Universitat Pompeu Fabra y Publicacions de la Universitat de València.

CHILLÓN, Albert (2010), «Lluís Duch, maestro heterodoxo», *La Vanguardia*, 22 de diciembre de 2010, en [https://www.lavanguardia.com/cultura/20101222/54091764879/lluis-duch-maestro-heterodoxo.html] (29/03/2026).

CHOMSKY, Noam y HERMAN, Edward S. ([1988] 2013), *Los guardianes de la libertad: propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*, trad. Carme Castells, Barcelona, Austral Editorial.

CIXOUS, Hélène ([1986] 2006), *La llegada a la escritura*, trad. Irene Agoff, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

CIXOUS, Hélène ([1992] 1995), «La joven nacida», en *La risa de la medusa: ensayos sobre la escritura*, trad. Ana María Moix y Myriam Díaz-Diocaretz, Barcelona, Anthropos Editorial, pp. 13-106.

DE BEAUVOIR, Simone ([1949] 2015), *El segundo sexo*, ed. Teresa López Pardina y trad. Alicia Martorell, Madrid, Cátedra.

DE MORAES, Dênis, RAMONET, Ignacio y SERRANO, Pascal ([2013] 2014), *Medios, poder y contrapoder. De la concentración monopólica a la democratización de la información*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

DIEGO, Gerardo (1945), «Periodismo y Poesía», *Gaceta de la Prensa Española*, 34, pp. 1345-1346.

DURÁN, María Ángeles (1986), *La jornada interminable*, Barcelona, Icaria Editorial.

DURÁN, María Ángeles (2018), *La riqueza invisible del cuidado*, Madrid, Traficantes de Sueños.

ESCANDELL, Daniel (2022), «Fugas y centros de la altermodernidad: ante la perspectiva de lo exocanónico», en Daniel Escandell (ed.), *Escrituras hispánicas desde el exocanon*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, pp. 7-21.

FISHER, Mark ([2016] 2018), *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*, trad. Claudio Iglesias, Buenos Aires, Caja Negra Editora.

FOUCAULT, Michel ([1984] 2010), *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

FOUCAULT, Michel ([1997] 2001), *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

GARCÍA BERRIO, Antonio (1994), *Teoría de la literatura: la construcción del significado poético*, Madrid, Cátedra.

GARCÍA CANCLINI, Néstor (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Ciudad de México, Grijalbo.

GENETTE, Gérard ([1991] 1993), *Ficción y dicción*, trad. Carlos Manzano, Barcelona, Lumen.

GILLIGAN, Carol ([1982] 1985), *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, trad. Juan José Utrilla, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

GIORGI, Gabriel (2014), *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.

GOÑI, Morena (2021), «Del silencio a la agencia. El emerger del cuerpo en las ciencias sociales», *Revista Temas Sociológicos*, 29, pp. 293-321.

HARAWAY, Donna ([1991] 1995), *Ciencia,* cyborgs *y mujeres: La reinvención de la naturaleza,* trad. Manuel Talens, Madrid, Cátedra.

HARAWAY, Donna ([2016] 2019), *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, trad. Helen Torres, Bilbao, Consonni.

HAYS, Sharon (1996), *The Cultural Contradictions of Motherhood*, New Haven, Yale University Press.

HEIDEGGER, Martin ([1923] 1993), *El ser y el tiempo*, trad. José Gaos, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

HEIDEGGER, Martin ([1935] 2010), «El origen de la obra de arte», en *Caminos de bosque*, trad. Helena Cortés y Arturo Leyte, Madrid, Alianza, pp. 11-62.

JONES, Owen ([2014] 2015), *El Establishment. La casta al desnudo*, trad. Javier Calvo, Barcelona, Seix Barral.

KAPUŚCIŃSKI, Ryszard (2003), *Los cinco sentidos del periodista: estar, ver, oír, compartir, pensar*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal ([1985] 1987), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI Editores.

LAGARDE Y DE LOS RÍOS, Marcela (2005), *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas,* Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.

MORAÑA, Mabel (2017), *El monstruo como máquina de guerra*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert.

MORAÑA, Mabel (2021a), *Líneas de fuga: ciudadanía, frontera y sujeto migrante*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert.

MORAÑA, Mabel (2021b), *Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo*, Barcelona, Herder Editorial.

NIETZSCHE, Friedrich ([1903] 1996), *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, trad. Luis Manuel Valdés y Teresa Orduña, Madrid, Tecnos.

NIETZSCHE, Friedrich ([1906] 2006), *La voluntad de poder*, trad. Aníbal Froufe, Madrid, Editorial Edaf.

OLMO, Carolina del (2013), *¿Dónde está mi tribu? Maternidad y crianza en una sociedad individualista*, Barcelona, Paidós.

PLIMPTON, George (1996), «The story behind a nonfiction novel», *The New York Times*, 16 de enero de 1966, en [https://www.nytimes.com/1966/01/16/archives/the-story-behind-a-nonfiction-novel-the-story-behind-a-nonfiction.html] (29/03/2026).

PORTER, Roy ([1991] 2009), «Historia del cuerpo revisada», en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, trad. José Luis Gil Aristu, Madrid, Alianza Editorial, pp. 255-286.

PRECIADO, Paul B. (2008), *Testo yonqui*, Madrid, Editorial Espasa.

RAMONET, Ignacio (1998), *La tiranía de la comunicación*, Madrid, Editorial Debate.

RAMOS-IZQUIERDO, Eduardo (2005), «De lo híbrido y de su presencia en la novela mexicana actual», en Milagros Ezquerro (ed.), *L'hybride/Lo híbrido*, París, Indigo Editoras, pp. 59-104.

REA GÓMEZ, Daniela (2022), *Fruto*, Ciudad de México, Ediciones Antílope.

REYES SÁNCHEZ, Jessica (2021), «Cuerpa-territorio y sensorialidad: una nueva forma de comprender el espacio», *Revista Memória em Rede*, vol. 14, n.º 26, pp. 206-233.

RICH, Adrienne ([1976] 2019), *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, trad. Ana Becciu, Madrid, Traficantes de Sueños.

RICŒUR, Paul ([1975] 2001), *La metáfora viva*, trad. Agustín Neira, Madrid, Editorial Trotta.

RIVERA, Mayra (2015), *Poetics of the Flesh*, Durham, Duke University Press.

SEGARRA, Marta (2014), *Teoría de los cuerpos agujereados*, Madrid, Editorial Melusina.

SEGATO, Rita Laura ([2007] 2015), «El Edipo negro: colonialidad y forclusión de género y raza», en Rita Laura Segato, *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 179-210.

SEGATO, Rita Laura (2024), «Maternar es político: tejer la piel política de aquellos y aquellas a quienes cuidamos», *LASA Forum* [en línea], vol. 55, n.º 3, en [https://forum.lasaweb.org/articles/55-3/maternar-es-politico-tejer-la-piel-politica-de-aquellos-y-aquellas-a-quienes-cuidamos/] (24/06/2026).

SERRATOS, Francisco (2020), *El Capitaloceno. Una historia radical de la crisis climática*, Ciudad de México, Festina Publicaciones.

SPIVAK, Gayatri Chakravorty ([1999] 2009), *¿Pueden hablar los subalternos?*, trad. Manuel Asensi, Barcelona, Museu d'Art Contemporani de Barcelona.

STEINER, George ([1976] 2003), *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, trad. Adolfo Castañón, Barcelona, Editorial Gedisa.

TENENBAUM, Teresa (2025), *Un millón de cuartos propios. Ensayo para un tiempo ajeno*, Barcelona, Paidós.

TRONTO, Joan C. (1993), *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*, Nueva York, Routledge.

VATTIMO, Gianni y ZABALA, Santiago ([2011] 2012), *Comunismo hermenéutico. De Heidegger a Marx*, trad. Miguel Salazar, Barcelona, Herder Editorial

VIDAL CASTELL, David (2002), «La transformació de la teoria del periodisme: una crisi de paradigma?», *Anàlisi: Quaderns de Comunicació i Cultura*, 28, pp. 21-54.

VIVAS, Esther (2019), *Mamá desobediente. Una mirada feminista a la maternidad*, Madrid, Capitán Swing.

WOLFE, Tom ([1973] 2006), *El Nuevo Periodismo*, trad. José Luis Guarner, Barcelona, Anagrama.